



NUEVO ESCENARIO EN LA REGIÓN

Beirut reboza de manifestaciones

tras el asesinato en febrero del anterior primer ministro, Rafiq Hariri. Las distintas opciones políticas coinciden en el rechazo a una intervención de potencias extranjeras, incluyendo la exigen-

cia de retirada de las tropas sirias, pero estos acuerdos no ocultan las profundas divisiones existentes en el seno de la sociedad libanesa, todavía marcada por los restos del sistema colonial francés y por la guerra civil.

LÍBANO // REACCIONES CONTRADICTORIAS TRAS EL ASESINATO DEL ANTIGUO PRIMER MINISTRO

El fin de la 'pax siriana' o cómo cambiar el mapa de Oriente Próximo

Laila Hotait
Beirut

Rafiq Hariri, antiguo primer ministro del Líbano, el hombre más protegido del país, el más rico, el más poderoso, ingresó ya cadáver en el Hospital Americano de Beirut, en pleno corazón de la capital libanesa, demasiado acostumbrado a recibir casos de emergencia, tras quince años de guerra civil. El atentado que acabó con su vida y con la de otra decena de personas el pasado 14 de febrero ha abierto un nuevo período de crisis en la zona.

Las reacciones ante su asesinato variaron tanto como pueden variar en un país caracterizado históricamente por ser un mosaico de religiones, civilizaciones y lenguas. Los partidarios de Hariri, junto con muchos otros ciudadanos de a pie solidarizados con la familia y algún que otro curioso, se concentraron al día siguiente en su casa como muestra de dolor y descendieron en coches, motos o a pie, como una masa cansada y triste, al lugar de la explosión: en el paseo marítimo, entre el lujoso Hotel Fenicia y el club de yates Saint Georges, ambos símbolos del Beirut que había sido, el Beirut recordado en los folletos turísticos de antes de la guerra como la "Suiza de Oriente", el Beirut que Hariri soñaba y quería reconstruir.

Una pregunta saltó a las mentes de todos los libaneses: ¿quién, y por qué, había asesinado al *rais*?, además de un sentimiento único: la incapacidad, la resignación de que cualquiera, en cualquier momento, podía volver a sembrar el terror en esta etapa de calma recientemente recuperada en el país.

Ese mismo día coincidía con la celebración de Ashura, la más importante en la comunidad musulmana chií, una de las más numerosas del país. Así, Al Sayyed Hassan Nassr-Allah, líder del partido más emblemático de la comunidad chií, Hezbollah (Partido de Dios), recordó al recién fallecido Hariri y al resto de víctimas del atentado revelando, frente a las cámaras, cómo mantenía reuniones semanales o bisema-

Fernando Kallás



ENTIERRO DE HARIRI. Cientos de miles de personas se volcaron a despedir al ex primer ministro Rafiq Hariri.

nales con éste. Es decir, Nassr-Allah desvelaba cómo Hariri, musulmán suní todavía en el Gobierno, había abierto el diálogo real con el adalid de la comunidad más olvidada del país: los musulmanes chiíes.

El armario del odio

Pero lo cierto es que el asesinato sirvió como excusa para airear muchos conflictos, muchos acuerdos olvidados y, desgraciadamente, también muchos odios que dormían en el armario de cada una de las comunidades religiosas y políticas.

La derecha, cristiana mayoritariamente, y otros grupos como el partido socialista de Walid Yumblat, líder no demasiado estimado en su

propia comunidad —la comunidad drusa, que se calcula no sobrepasa el 5% de la población—, se unían al dolor de los partidarios de Hariri, la mayoría musulmanes suníes, y ocuparon durante más de dos semanas, ante las cámaras de todo el mundo, el centro de la ciudad, la Plaza de los Mártires, símbolo del Beirut de Hariri, ya que su compañía inmobiliaria, Solidere, era la dueña absoluta del corazón de la capital.

Durante esos días, se sucedieron las manifestaciones, las concentraciones, las huelgas y los minutos de silencio, pero el corazón de este movimiento parecía estar en la Plaza de los Mártires, llena de banderas libanesas reunidas bajo un solo lema: "Libertad, soberanía e independen-

cia". Las cadenas europeas y norteamericanas hacían hincapié en una sola cosa: la aplicación de la resolución 1559 de Naciones Unidas, en la que se pedía la salida de las tropas sirias y el desarme de las milicias.

Los grupos contrarios a la resolución 1559, tras dos semanas de silencio, respondieron con una manifestación multitudinaria; según fuentes oficiales se congregaron un millón y medio de personas, que llegaron a la capital de todas las regiones, tras la convocatoria que hizo ante las cámaras de televisión Al Sayyed Hassan Nassr-Allah. El día había amanecido revuelto, pero a las tres de la tarde, frente al edificio de la ONU en Beirut, el sol brillaba y también un lema, el mismo que había reunido a la oposición: "Libertad, soberanía e independencia", pero al que añadían, en pancartas y en los discursos de los diferentes líderes, la palabra "verdaderas". Gritos contra la resolución 1559; proclamas contra la intervención americana en el país; recuerdos de la guerra contra Iraq y Afganistán; y fotos del presidente sirio, Bachar Al Assad, bajo consignas en las que daban las gracias, en nombre del pueblo libanés, al Ejército y al pueblo sirio por su apoyo a la resistencia contra Israel.

El domingo 13 de marzo se celebraba otra de las manifestaciones esperadas en un Líbano que fue el corazón de la izquierda árabe, la convocada por los comunistas y que reunió a más de diez mil personas. En ella se denunciaba la intervención americana y la intervención israelí, y se pedía la aplicación del

acuerdo de Taif pero sin el paraguas del régimen sirio.

Así, aparentemente, todas las partes parecen estar de acuerdo, sin contar con los extremos: sí al acuerdo de Taif, sí a la salida de las tropas sirias, no al desarme forzado de Hezbollah y no a una intervención militar americana. El problema está en que el objetivo no parece ser

El atentado ha despertado muchos odios en cada una de las comunidades religiosas y políticas

Líbano, sino Siria, el único régimen baazista que queda en pie, para así allanar el camino hacia el último objetivo: Irán, por lo que quizás, de nuevo, el gobierno de Bush dé la palabra a la minoría, a aquellos libaneses que creen en un Líbano dividido según las confesiones.

Mientras, en Beirut la situación es de nerviosismo encubierto y de frustración, porque en realidad, los jóvenes saben que aunque ahora crean tener el poder de salir a la calle y manifestarse, la última decisión sobre su país y sus vidas, no está en sus manos, sino, insólitamente, a muchos miles de kilómetros de Beirut, por lo que más vale encogerse de brazos, mirar las cadenas internacionales para ver si se inventan un grupo terrorista o, incluso, una nueva guerra civil. Parece que todavía queda mucho por ver.

"Un pueblo en dos países"

Así rezaban muchas de las pancartas y, como bandera, al igual que en las manifestaciones de la oposición, tan sólo la bandera libanesa: roja, blanca, roja y con el cedro, símbolo de los bosques libaneses, en el centro. Para la construcción de un futuro país, una demanda: la aplicación definitiva del Acuerdo de Taif, que se firmó en 1991 y que surgió como resultado del acuerdo entre las diferentes partes en conflicto en la larga guerra civil.

Este acuerdo comprendía la retirada de las tropas sirias e israelíes del país y su objetivo, inicial y final, era la eliminación del sistema confesional del país, fruto de la colonización francesa. Un sistema en el que se favorecía a la minoría cristiana y se negaba la realidad de un Líbano en el que la emigración, mayoritariamente cristiana, y el alto nivel de natalidad en las zonas musulmanas habían hecho que la balanza de población dejara atrás la realidad que



había pretendido imponer el régimen francés. Ya que, según la Constitución, el presidente ha de ser cristiano, el primer ministro debe ser musulmán suní y el pre-

sidente de la cámara, musulmán chií; además, el régimen francés dejaba estipulado que, por cada seis diputados cristianos, debía haber cinco musulmanes. La aplicación del Acuerdo de Taif se retrasó por muchas razones, entre ellas los juegos de favoritismos e intereses personales de los diferentes gobiernos nacionales, y otra básica: la ocupación violenta israelí hasta el año 2000, razón que daba el Gobierno sirio para no abandonar el país.